



**Palabras del Dr. Cipriano Sánchez García, L.C., Rector de la
Universidad Anáhuac México, durante la graduación de
estudiantes de posgrado**

7 de junio de 2018

Universidad Anáhuac México Campus Norte

Señoras y señores doctores.

Señoras y señores maestros.

Un reconocimiento muy especial a los coordinadores que nos acompañan hoy de los diversos posgrados; gracias por estar esta noche con nosotros.

Quiero agradecer la presencia de la doctora Bracho; gracias por acompañarnos.

Agradecer también la presencia de los vicerrectores académicos, del vicerrector de Formación Integral y, por supuesto, del maravilloso equipo de directores.

Todos y cada uno de ustedes son no solamente testigos, sino particularmente son constructores de esto, de lo que hoy estamos viendo: hombres y mujeres que alcanzan su grado de maestro, su grado de doctor.

Por supuesto un saludo especial a todos y cada uno de ustedes familiares que hoy se sienten muy orgullosos de ver tan extrañamente vestidos a sus seres queridos.

La imposición de los grados académicos de doctor y de maestro en la Universidad Anáhuac México significa uno de los momentos más relevantes en la vida de nuestra institución, un momento que no puede ser solamente de celebración, sino también de reflexión. Cada vez que nos enfrentamos a la deliberación sobre la universidad nos encontramos con la pregunta sobre el sentido de la misma universidad. Las visiones sobre la Universidad son muchas en la época moderna, desde las universidades corporativas que consideran el papel de esta institución como la de suministradora de insumos para la empresa e industria, una Universidad cuya principal tarea es la de la empleabilidad, a la Universidad que, centrada en conocimientos poco pertinentes, da la espalda al mundo moderno para centrarse en los pensamientos de lo que se considera que debe ser el saber.

¿Para qué es la Universidad? Para descubrir el sentido de esta institución tenemos que descubrir primero el sentido de las personas que la conforman, y cuando analizamos los conocimientos con los que egresamos de la universidad, o cuando reflexionamos sobre los contenidos de la misma, la clave —señores doctores, señores maestros— es no perder de vista a la persona que mira la Universidad como el elemento con el cual puede realizar su existencia y trascender en el mundo. Vista de este modo —y así nos

queremos ver nosotros como Anáhuac México—, la universidad debe buscar no sólo los contenidos que necesita transmitir o ser útil a quienes transitan por sus aulas, sino además debe ser una buena universidad para que quienes en ella se desarrollan y en ella desempeñan su labor docente le den un sentido a sus vidas. La pregunta por el sentido de la Universidad es la pregunta por el sentido de las personas que la conforman, de modo particular de aquellos que son los principales actores de la educación, quienes tienen la misión docente. Es interesante a este respecto el análisis que en el año de 1998 hizo el antropólogo Gregory Bateson en su libro Pasos hacia una ecología de la mente. Ahí, el autor proponía tres modos de entender la enseñanza o tres niveles en la educación.

El primero de los niveles se refería a la mera transferencia de la información para ser memorizada. El segundo nivel es el que tiene por objeto alcanzar el dominio de un marco de conocimiento en el que la información adquirida pueda posteriormente ser abstraída e incorporada. El tercer nivel es el que enseña ciertas aptitudes que permiten rehacer el marco de conocimiento que se posee o incluso poder llegar a desecharlo si hace falta, según las circunstancias.

Es llamativo que el primer nivel en la actualidad esté cada vez más en desuso, porque la memoria —aunque es de gran utilidad—prácticamente ha sido sustituida por la transferencia del conocimiento a las diversas plataformas virtuales y electrónicas. ¿Qué haríamos si de pronto no tenemos internet y no podemos preguntarle al que todo lo sabe, que —además de Dios— es Google? En nuestra sociedad, los dos últimos niveles son los que cuentan más en la educación. Reflexionando sobre estos modelos educativos, otro gran autor de

nuestra época, Zygmunt Bauman, los compara con los misiles que se lanzan a distancia, y ésta es una imagen que se ha hecho muy común. Hay misiles balísticos —ingenieros, espero que sepan de qué estoy hablando—, pero también hay misiles inteligentes —y ahí espero que todos sepan de qué estoy hablando. Los misiles balísticos se lanzan después de haber calculado el sitio donde se encontraba el objetivo y la distancia que los separaba del punto de lanzamiento; estos misiles servían sólo cuando los objetivos eran estáticos. Una imagen: el objetivo estático de la sociedad, quizá hasta el último tercio del siglo pasado, en el que prácticamente la cultura, la empresa, la política e incluso la visión del ser humano no se habían movido de posición en prácticamente 300 años y la enseñanza consistía en el cálculo para llegar con una serie de contenidos a un objetivo que no se movía, que no evolucionaba porque eso es lo que sucedía con el trabajo, con la sociedad, con la economía. Sin embargo, continuando con la imagen de Bauman, en el momento en el que el objetivo se mueve, el misil es prácticamente inútil, y más inútil si el objetivo se mueve de modo errático e imprescindible. Entonces aparecen los misiles inteligentes, que son como el segundo modelo de la educación. En este caso, el contenido del misil no varía, pero en todo momento el misil puede encontrar la forma de llegar a su objetivo con una continua actualización de su trayectoria.

En la educación actual, en efecto, cambian muchas cosas, muchas circunstancias, muchas visiones, muchos valores. Y, por lo tanto, no se puede asumir una posición estática. En el mundo moderno parece que hace falta otro tipo de misil. Hoy no basta con cambiar la metodología para que se adapte constantemente al objetivo. Hoy, para que el contenido llegue a su objetivo el

reto es mucho mayor, porque no es una cuestión de trayectoria, sino que más bien se cuestiona la validez de los contenidos que se intentan transmitir. ¿Cómo podemos formar en la Universidad con un contexto así? ¿Cómo podemos enseñar con certeza cuando parece que lo único cierto es la incertidumbre del futuro, de los comportamientos, de las estructuras, de las líneas de la sociedad? ¿Cómo podemos enseñar —así como afirmaba Bauman— para asegurar el éxito de la misión cuando se está obligado a percibir ese instante en el que los conocimientos adquiridos dejan de ser útiles y, en consecuencia, deben ser olvidados, rechazados y reemplazados?

La vida moderna, queridos doctores, doctoras, maestros, maestras, parece ser un ensayo diario de la transitoriedad universal. Por eso cada vez queda más claro que el papel de la Universidad no puede ser de modo preferente la preparación para un empleo, ni tampoco el simple hecho de acumular conocimiento. El invariable propósito de la educación vuelve a ser —como lo fue en la época griega— la preparación de las personas para la vida, la realidad que están destinadas a enfrentar con una gran síntesis entre el sentido práctico y la apertura de mente que tengan dentro de su código genético, la formación de la conciencia del bien y la formación de la inteligencia para buscar la verdad. Una educación que se base en la formación de la voluntad y de la libertad para descubrir las elecciones a las que debe adherirse, así como el desarrollo de las dimensiones que permitan no perderse, como persona de invaluable dignidad, en un mundo de lo desechable y de lo insignificante.

Ése es el propósito de la Universidad Anáhuac cuando busca en cada uno de ustedes no sólo transmitir el conocimiento propio de una maestría o abrir las puertas a la investigación cualificada de una tesis doctoral. En la medida en

que cada uno de ustedes haya abrazado este ideal —que yo les hablaba antes, acerca de lo práctico, la conciencia, la inteligencia, la libertad, la apertura, todo esto—, en la medida en que cada uno de ustedes haya abrazado esta idea, no habrá logrado sólo un título sino algo más valioso. Se habrá encontrado a sí mismo con un sentido que le permite la trascendencia.

De verdad, muchas felicidades, señoras y señores doctores y maestros de la Universidad Anáhuac. Que en sus vidas sean siempre, como dice nuestro lema, capaces de vencer al mal a fuerza del bien.

Muchas felicidades y muchas gracias.

--ooOoo--